

Eróticas lésbicas para una bisexualidad nómada: habitando la porosidad de la frontera

Ianina Moretti Basso¹
Vir Cano²

Resumen: En este trabajo nos proponemos explorar, a partir de las figuras del umbral, el exilio, la frontera, y la intemperie compartido, la idea de un erotismo nómade que oficie de lugar posible des/encuentro o f(r)icción entre los placeres y las identidades bisexuales y tortilleras. Para ello, nos proponemos en primer lugar, i. recuperar la lectura de Gloria Anzaldúa sobre la frontera para pensar a la bisexualidad como un lugar de tránsito, de contagio y de mezcla de lenguas y modos de vida que se ubican más allá de la mononorma y la heterosexualidad obligatoria; En segundo lugar, ii. nos ocuparemos de recuperar las tesis de Monique Wittig, Michel Foucault y Judith Butler para pensar el lugar de la “anormalidad” bisexual y lesbiana como rupturas o desplazamientos de las fronteras del contrato social hetero-cisexista y monosexual: en tercer lugar, iii. retomaremos algunas ideas de Sarah Ahmed, June Jordan, val flores y Ma. Luisa Peralta para pensar una política sexo-afectiva del disturbio basada en los placeres cuir que unen, más allá de la identidad, a lxs tortillerxs y lxs bisexualxs; por último, iv. y ahondando en las críticas a las políticas de la identidad, exploraremos el campo abierto por las eróticas lésbicas para una bisexualidad nómade, apostando a una hospitalidad de lo abierto, que rehuye las fronteras identitarias y reivindica la porosidad del contagio, el tráfico y la fricción de los cuerpos y los placeres.

Palabras clave: Bisexualidad. Eróticas lésbicas. Frontera.

¹ Ianina Moretti Basso es profesora en la Facultad de Filosofía y Humanidades y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba; es investigadora en el Centro de Filosofía y Humanidades de la UNC y en el Instituto de Humanidades. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0587-4885>. E-mail: ianina.moretti@unc.edu.ar.

² Vir Cano es Investigadorx Adjuntx de IIEGE-CONICET y Profesorx Regular de la FFyL-UBA y docente de posgrado en la UNLA. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9974-491X>. E-mail: vcano878@gmail.com.

¿Qué une y qué separa a las existencias, los deseos y las resistencias lesbianas y bisexuales? ¿Existe un lugar en común, un punto de encuentro, un sitio de alianza que acomune estas experiencias diversas? ¿Qué anuda las sexualidades fugitivas a posiciones sociales disidentes? La escritura a cuatro manos nos encuentra en una inquietud que nos atraviesa: manos tortilleras, manos bisexuales, manos que traman prácticas, que borran y vuelven a trazar una orientación sexual, afectiva, vital que no termina nunca de ser *una*. En este encuentro, que es intelectual y político, teórico y biográfico, partimos de lo bisexual y lo tortillero como experiencia situada, que nos permite formular las preguntas que abren este escrito. A partir de esos interrogantes, arriesgamos hipótesis y articulamos una argumentación teórica, no por ello menos política: nos proponemos explorar, a partir de las figuras del umbral, el exilio, la frontera, y la intemperie compartida, la idea de un erotismo nómade que oficie de lugar posible de des/encuentro o f(r)icción entre los placeres y las identidades bisexuales y tortillera.³ Para ello, en primer lugar, i. recuperaremos la lectura de Gloria Anzaldúa sobre la frontera para pensar a la bisexualidad como un lugar de tránsito, de contagio y de mezcla de lenguas y modos de vida que se ubican más allá de la mono-norma y la heterosexualidad obligatoria; en segundo lugar, ii. nos ocuparemos de visitar las tesis de Monique Wittig, Michel Foucault y Judith Butler para pensar el lugar de la “anormalidad” bisexual y lesbiana como rupturas o desplazamientos de las fronteras del contrato social hetero-cissexista y monosexual: en tercer lugar, iii. recuperaremos algunas ideas de Sarah Ahmed, June Jordan, val flores y Ma. Luisa Peralta para pensar una política sexo-afectiva del disturbio basada en los placeres cuir que unen, más allá de la identidad, a lxs tortillerxs y lxs bisexualxs; y por último, iv. y ahondando en las críticas a las políticas de la identidad, exploraremos el campo abierto por las eróticas lésbicas para una bisexualidad nómade, apostando a una hospitalidad de lo abierto, que rehuye las fronteras identitarias y reivindica la porosidad del contagio, el tráfico y la fricción de los cuerpos y los placeres.

i. Tras las huellas de una provocación

³ Este texto recupera y amplía la ponencia “Un cielo abierto en común: Eróticas lésbicas para un bisexualidad nómada”, *I Jornadas Teorías tortilleras. Memorias, errancias y vísceras conceptuales*. Córdoba, IIEGE-UBA y CIFFyH-FFyH-UNC, 27 y 28 de mayo de 2024.

Mintieron. No hay separación entre la vida y escribir.
Gloria Anzaldúa

La feminista chicana Gloria Anzaldúa,⁴ alguien que sabe de fronteras, ha inspirado nuestra investigación desde su trabajo interseccional en sexualidad y raza, tanto como desde su entrelazamiento de géneros literario y teórico, poético y activista. En el libro de varias autoras llamado *Esta puente, mi espalda*, Anzaldúa publica “Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas”. Se dirige a las mujeres de color, a sus compañeras de escritura, y recorre tonos de piel de esas compañeras. Habla, en definitiva, de la lesbiana de color: “hablamos en lenguas como repudiadas y locas” (1988: 220). Sigue vigente su advertencia al feminismo blanco, al feminismo académico. Nos vuelven crudas sus preguntas por lo acomodaticio de ciertas teorías, despojadas de su razón política, relacional. En todo caso, deja vivo el interrogante que aquí recuperamos: “¿Por qué me siento tan obligada a escribir?” Entre las respuestas que da, decía: “Porque la escritura me salva de esta complacencia que temo” (1988, 2022). Escribir, entonces, en la incomodidad, en el destiempo, en el borde y en el riesgo: el pequeño riesgo personal, singular, que tomamos en el amigable marco de la reflexión en torno a las teorías tortilleras.

Con toda la antedicha provocación, se gestaron algunas de las preguntas que impulsan este trabajo. La extranjería de la que habla Anzaldúa tomó entonces un cariz sexual, como la orientación/desorientación que nos inclina hacia unos cuerpos, entre otros cuerpos. La figura de la extranjera se encuentra con la de la bisexual y la de lx lesbianx, en ese caminar entre mundos, caminar la frontera, seductor en su desafío pero también agotador. Ante la desagradable pregunta “¿ya te definiste?”, la errancia sexual que parece imperdonable. Mezclar idiomas, mezclar lenguas, incomoda. Sin embargo, la bisexualidad guarda la promesa de aquel viejo dicho: *en la variedad está el gusto*. La tensión de la extranjería nos trajo a la orilla estas preguntas: ¿de dónde se van las bisexuales? ¿de dónde las echan? ¿qué llevan consigo, en este viaje sin destino final? No

⁴ Su relectura vino sugerida por el taller “Escribir es como abrir las piernas” dictado por Beto Canseco y Bruna Mendes (UFABC, Brasil) y facilitado por el Área de Formación en Género y Sexualidades de la FFyH UNC (Córdoba, Argentina). El taller versaba sobre algunas provocaciones cuir de Anzaldúa, y una consigna fue que quienes estábamos ahí escribiéramos. Algunas condiciones lo hicieron posible: la exposición, clara y potente, sobre la autora y sus legados, y otra fundamental, el tiempo. Tuvimos tiempo, compartido y silente, para dedicarnos a escribir. Tan simple y tan necesario en estas eras de vorágine y falta de aliento. Un regalo de Anzaldúa, de Canseco, de Mendes, y de esa concurrencia cuir que se dispuso a un encuentro bello y anacrónico como es el epistolar.

podremos fundar una patria pero sí quizá hacer pie en nuestras palabras; como hicimos pie en Anzaldúa y ahora buscamos hacerlo a cuatro pies, a cuatro manos.

En un relato de Anzaldúa sobre su paso por una universidad en tanto profesora lesbiana, cuenta que un alumno comentó: “Yo pensaba que homofobia⁵ significaba miedo de ir a casa después de un período de residir en otro lugar” (Anzaldúa, 2016, p. 61). ¿Cuál es la casa de lxs bisexuales? ¿Y la de las tortilleras? ¿Tenemos acaso una casa en común o nos une un cielo abierto? ¿De dónde se nos echa y a dónde es que se vuelve? Si es que acaso se vuelve, si es que pensamos en volver. Anzaldúa pensaba la frontera en relación a un territorio, a un cuerpo y una lengua que se negaban a ser leídos como traición: “Nos da miedo que nos abandone la madre, la cultura, la Raza, porque no somos aceptables, somos defectuosas, estamos estropeadas” (Anzaldúa, 2016, p. 61), asume. Habla de lo lésbico, y quizá es una frontera que se puede parafrasear, repensar, tensionar y friccionar desde la bisexualidad, esa traicionera vieja, lo peor de los dos mundos: una heterosexualidad fallida, una homosexualidad no del todo visible. La contaminación de la (mono)norma y la puerta entreabierta del consabido closet. Un vaivén que no sólo cruza la frontera sino que tiene que habitarla.

Si la identidad sexual ha sido bandera, la errancia sexual no se perdona. Acusada de reificar un binarismo con el que también se señala a otras disidencias, la bisexualidad pervive en la infamia del ni – ni. Hace algunos años algunas compañeras publicaron el libro *Bisexualidades feministas* (2019). Como dice María Luisa Peralta, ese libro es necesario, oportuno y conmovedor. Vuelve sobre lo escandalosa que resulta la bisexualidad incluso en los espacios disidentes, en los feminismos, e incluso en el lesbianismo. Repasa “el origen del mito” – la bisexualidad no existe –, las acusaciones de traición, los destierros, las alianzas, los deseos y hasta las continuidades; mientras que Mayra Lucio, por ejemplo, juega con la denominación “torta-bi”, que sugiere el encuentro que aquí queremos pensar.

Alejandra Sardá, por su parte, rastrea motivos y supuestos que sostienen cierto temor para con la bisexualidad. Sostiene que la ambigüedad, por ser difícil de clasificar, tiene la capacidad de evidenciar las normas subyacentes a las categorías de la propia clasificación. En un ejercicio de recolección de comentarios escuchados a lo largo de su experiencia, la autora expone que se trata a las personas bisexuales de “inmaduras”, “impostoras”, “confundidas”, “hipersexualizadas”, “egoístas” e incluso “exóticas,

⁵ La confusión productiva viene de la similitud en inglés entre *homophobia* y *home-phobia* (*home*: “casa”).

andróginas, ni hombres ni mujeres, criaturas de la noche y la excentricidad, artificiales, exquisitas, tan Otras que ni siquiera pueden juzgárselas con los parámetros morales que sí les caben a sus hermanas/os más corrientes” (2019, p. 27). Lo móvil, el cambio, lo imprevisto de la bisexualidad parece atemorizar, incomodar. Al mismo tiempo, ofrece una crítica al sistema binario, en un movimiento que no puede fijarse en la dicotomía: “El desafío que plantea la bisexualidad es pensar la sexualidad humana como una materia en construcción permanente, como una historia que solo se cierra y adquiere una forma definida en el momento de la muerte” (Sardá en Arnés et al., 2019, p. 28-29).

En ese sentido, resulta interesante entender la bisexualidad como “zona de interpelación, diseminación y desborde de sentido, «para promoverla como espacio de necesario conflicto» (Butler, 2000, p. 87)” (Arnés et al., 2019, p. 43). Si bien este trabajo no pretende comprender la bisexualidad como una identidad de género, sí retoma la productividad de entenderla como una zona, como una frontera, en la tónica de la conjunción y la mezcla, algo que retomaremos más adelante.

La bisexualidad, esa “cosa escandalosa” al decir de Ayelén Pandolfi (Arnés et al., 2019), sus historias, sus ensayos activistas y experiencias personales, nos abre la sospecha: se pueden relevar puntos de contacto entre la bisexualidad y lo lésbico. Más allá – o en la tensión – de distancias y conflictos, aparecen espacios solapados, compartidos, co-habitados por bisexualidades y lesbianismos. En la escritura y la exploración compartida entre unx lesbianx y una bisexual, una escucha cuir puede quizá reconciliarnos con los deseos ambiguos. Una frontera quizás no sea exactamente una casa, pero puede ser un lugar para co-habitar con otrxs, en complicidades tortilleras y afecciones cuir.

ii. En los bordes porosos del exilio: una intemperie compartida

Quizás lo que une y pone en contacto friccional a lo lésbico y lo bi no sea otra cosa que un exilio en común, una partida, un abandono, una traición, un cruce o un pasaje, una manera bastarda de habitar y transgredir la frontera de la heterosexualidad. Más que un sitio en común, el abandono de un libreto cultural, del muro físico y simbólico de la hetero-cissexualidad, para decirlo con Sara Ahmed (Ahmed, 2010), la negación de algunos de los ideales que constituyen a la siempre fantasmática “feminidad” y “masculinidad”

(Butler, 1990; 1993). Es la ruptura de esas expectativas sociales en relación a la sexualidad y los modos de construir parentesco el “sitio de alianza” erótica de lxs lesbianas y lxs bisexuales. Paul Preciado especifica el carácter artificial-prostético de la feminidad y la masculinidad, y señala la existencia de “códigos semiótico-técnicos de la feminidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica” (Preciado, 2008, p. 91), y otros que pertenecen a la masculinidad. Declinar, torcer, traficar o contaminar estos códigos o ideales de género es un modo de “cruzar el umbral”, de franquear el muro, de desafiar esas expectativas sociales que constituyen la normativa establecida, una especie de pacto que está siempre amenazado, el anuncio del “crepúsculo de la heterosexualidad” para decirlo con el autor del Manifiesto contrasexual.

Monique Wittig (2010) afirma que el primer contrato social (oculto) no es otro que el de la heterosexualidad, de allí que lxs bisexuales y tortillerxs nos encontremos no sólo en las camas y en las marchas, sino también en ese umbral de orfandad que supone abandonar la casa de la heteronorma; allí donde caben muchxs de lxs que son expulsadx del lugar seguro y reservado para la “clase de las mujeres” y la “clase de los varones”. Quienes osan romper el contrato hetero-social se ubican más allá de la normatividad y las costumbres aceptadas, de ese éthos que instituye un modo específico de convivencia social, un “pacto” que nadie firmó pero que está implícito en la organización política, económica y afectiva de nuestro mundo. En el texto “A propósito del contrato social”, afirma Wittig:

Según Rousseau, el contrato social es la suma de una serie de convenciones fundamentales que aunque nunca han sido enunciadas formalmente, están sin embargo implícitas en el hecho de vivir en sociedad. Lo que es especialmente estimulante para mí de lo que dice Rousseau es la existencia real y presente de un contrato social: sea cual sea su origen, existe aquí y ahora y, como tal, es susceptible de ser comprendido y de que actuemos sobre él. Cada firmante del contrato tiene que reafirmarlo en nuevos términos para que siga existiendo (Wittig, 2010, p. 64).

Las existencias y deseos lesbianos y bisexuales, entre otros, desafían dicho contrato social y las convenciones que organizan lo social, o más bien, las imperiosas expectativas en torno a lo común y lo posible. En términos de Sara Ahmed, se presentan como “las aguafiestas” en la medida en que “no promueven las formas de vida” que sostienen el imperativo de la felicidad, que no es otro que el imperativo de la

heterosexualidad (Ahmed, 2010). Y esto comporta al menos dos consecuencias: por un lado, muestra el carácter excluyente de dicho contrato social, el efecto “extranjeroizante” de sus fronteras, podríamos decir, todo ese horizonte de infelicidad que, para decirlo con Foucault (2000), constituye el exterior constitutivo de la idealidad “feliz” de lo social; por el otro, deja entrever una inquietante posibilidad: es posible imaginar, desear y vivir de otro modo, a contrapelo de las costumbres y las instituciones, con otros arreglos vinculares, económicos, afectivos.

Michel Foucault, que fue contemporáneo de Wittig, señalaba cómo la anomalía es el exterior constitutivo de la norma, aquello que en tanto “perverso”, “anormal” o “patológico” resguarda al modo del contrapunto la legitimidad de lo normal. Así, la proliferación de las “sexualidades perversas”, propia del dispositivo normalizador de la sexualidad, es la condición para sostener y resguardar el lugar y “el poder” de la norma (Foucault, 1995). Por eso mismo, como observamos con enorme rabia y tristeza en nuestro presente, la frontera de los “buenos ciudadanos”, de la “gente de bien”, de las mujeres y los varones “de verdad” requiere de la institución de un otro, de los “malos”, lxs degeneradxs, lxs que no son parte de ese conjunto y aún así, lo delimitan. Esos “otros”, diría Butler (1993), conforman el campo de abyección psico-social que intenta mantener a resguardo, o más bien “a raya”, las posiciones sociales legítimas, más vivibles, más habitables y por tanto menos vulnerables. En este sentido, dirá Foucault en *Los anormales*, la norma no es sólo un principio de inteligibilidad y clasificación, sino también un principio correctivo, aquello que permite a las tecnologías del biopoder invadir, auscultar, controlar y corregir el cuerpo individual y colectivo.⁶ La “exterioridad” que instituye (un “exterior” interno, y funcional, deberíamos decir) señala el ámbito de las anomalías que el dispositivo biopolítico deberá identificar (a la vez que producir), para poder intervenir, disciplinar y controlar. Por eso, insistirá el autor de la *Historia de la sexualidad*, como también lo hará Gloria Anzaldúa, es necesario desafiar las lógicas del

⁶ La “anatomopolítica del cuerpo humano” se ejerce sobre el cuerpo-máquina y se refiere a los controles disciplinares. La educación del cuerpo, el aumento de sus aptitudes y sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de controles eficaces y económicos, constituyen el polo individualizante de un poder que toma a su cargo la administración y control de los cuerpos. Esta tecnología disciplinaria ejerce un control de las actividades, los comportamientos y -fundamentalmente- la “interioridad” de los individuos, en tanto núcleo de comportamientos que deben ser regulados, vigilados, pero también intensificados, estimulados, dirigidos. Por su parte, la “biopolítica de la población”, afirmará Foucault, se dirige al cuerpo en tanto soporte de la especie, y remite a regulaciones generales del cuerpo poblacional. La “sexualidad” es el punto de intersección de estas dos tecnologías de poder, de allí que sea “el pozo de la apuesta” biopolítica.

adentro y del afuera, para aprender – en un ejercicio crítico y creativos del límite – a habitar la frontera que pone en jaque y tensiona, y que incluso a veces amplía y desplaza, los límites de nuestro tiempo y su campo de limitadas posibilidades: “Se debe evitar la alternativa del afuera y del adentro: hay que estar en las fronteras. La crítica es en verdad el análisis de los límites y la reflexión sobre ellos” (Foucault, 1996, p. 104).

El exilio, podríamos decir, es el producto de un contrato social que impone sus propias “leyes de la hospitalidad” (Derrida, 2000) y, por tanto, de la in-hospitalidad u hostilidad para con quienes se presentan como “extranjeros”, como “otros” respecto del dueño o propietario de la casa o la nación, podríamos decir aquí, de la tierra de la heterocisexualidad. Esta orfandad que supone la ruptura del contrato hetero-cis-sexual se puede pensar como un modo de habitar la frontera que, como vemos, es constitutiva y destitutiva a la vez. Garantía de un nosotrxs y también, como señala Butler, el límite que crea la abyección de un “otro” siempre precarizado: esa zona fantasmática del repudio y el rechazo psico-social puede ser también un sitio de encuentro, de disputa y de reflexión crítica sobre el límite de lo colectivo y la organización social. Entonces, podríamos preguntarnos si acaso en el exilio y la orfandad es posible pensar algo así como una “casa en común”, o quizás deberíamos abandonar el lenguaje oiko-nómico, esa eco-nómica ley odiseica que ordena el retorno al hogar, a la que también refería Derrida (1995), para pensar en una intemperie compartida, aunque no necesariamente simétrica. Por fuera de la ley del oikos, de la casa segura a la que deberían retornar una y otra vez los sujetos “normales”, “correctos”, se alumbra un frontera tupida de posibilidades, acaso la promesa de un nosotrxs-otrxs, incluso unas gratas compañías.

Quienes saben del exilio, conocen los riesgos y también los placeres que anidan en él. Habitar la frontera, tocar con la lengua y los cuerpos su borde filoso, es también la ocasión de respirar un aire fresco, una bocanada de aire frente a las imperantes leyes de la hospitalidad de un contrato social siempre injusto y excluyente. Poder ir y venir en una lógica de errancia bi-sexual y tortillera puede ser, entonces, un modo de abrir un sitio de dislocación, un lugar de horadación de ese mismo pacto sexual que cuesta dolores, vidas y deseos. En la “experiencia de un franqueamiento posible”, diría Foucault, anida un ejercicio de libertad, la posibilidad de cultivar un “modo de vida” otro, a contrapelo de las instituciones, las costumbres y los poderes de turno. Tal vez la zona de promesas de una sociedad o de una comunidad otra habite allí, en el limbo, en el zigzaguo, del otro

lado de la casa “segura” de la hetero-cis-sexualidad, en el cielo abierto de lo que no debería ser y aún así es, existe, resiste e insiste. Quizás ese cielo abierto sea la contraparte del desierto al que se resistieron Wittig y Zeig en su Borrador para un diccionario de las amantes cuando afirmaron que el desierto es, en la actualidad, “cualquier lugar no habitado por lesbianas” (Wittig; Zeig: 2016), o por bisexuales, podríamos agregar nosotras. Frente al desierto, “esa tierra árida”, una intemperie y una frontera porosa compartida, el sitio esquivo donde lo común se une a lo abierto, la fuga a la compañía, el erotismo a la comunidad.⁷ Pero por esto mismo, por recordar la siempre fallida lógica de la hospitalidad, es que debemos estar atentxs a los modos en que jerarquizamos nuestras diversidades y disidencias sexuales, para evitar producir un exilio en el exilio, una nueva orfandad en la intemperie que puede ser, si la pensamos como un cielo abierto, un sitio en común, un territorio esquivo y multiforme en el que cabemos muchxs.

iii. Placeres cuir y políticas sexo-afectivas del disturbio

La intemperie puede ser una figura incómoda. Pero lo cómodo no siempre es un lugar posible. Ahmed usa una imagen muy sensible: la de estar sentado en el sillón cómodo de la norma. A veces no podemos estar allí sentadas, a veces ni siquiera hay sillón, a veces estamos en cambio paseando nuestro deseo nómada sedientas por el oasis del encuentro en la frontera. ¿Cómo dar cuenta de esa intemperie en la que cabemos tantxs? En su libro *Affirmative Acts*⁸, June Jordan escribe un capítulo sobre “Bisexualidad y pluralismo cultural” donde trama su propia interpretación del pluralismo, y cómo debe suponer un pluralismo sexual que haga lugar a la libertad bisexual. En el texto, critica el condicionamiento de la “claridad” como modo de construcción de realidad en términos de “either/or” [“o esto o lo otro”]; por ejemplo:

Me amás o no me amás. Me amás o amás a otra persona. Se supone que estas formulaciones llevan a conclusiones claras que vacían de, o evitan, complejidades como “Me amás y no soy la única mujer a la que

⁷ Entre los ecos wittigeanos del Sur, se destaca la colectiva tortillera neuquina “Fugitivas del desierto” que activó entre los años 2004 y 2008 y que se animó a poblar de sentido la ficción usualmente alterizada del “desierto” que lo liga al “interior”. Para las fugitivas del desierto, lesbianizar la lengua fue una manera de combatir el colonialismo con una nueva imaginación feminista, la posibilidad estratégica de un sujeto móvil que tensiona las categorías políticas que ordenan el régimen sexual y corporal. Ver. Flores, Val: 2004.

⁸ Las traducciones son propias.

amás”. Pero la complejidad es la esencia de todo lo real (Jordan, 1998: p. 132).

Hemos adelantado que la bisexualidad pone en jaque esas simplificaciones disyuntivas. Eve Sedgwick llamaba la atención sobre la preposición *besides*: lo que permite pensar la condición de *junto a, al lado, además*. En “Pensar vacilando”, Vinciane Despret refiere a la potencia de la sucesión de conjunciones: *y, y, y*:⁹ “cada «quizás», cada «como si», cada duda expresada, cada reformulación para decir de otra manera, moviliza implícitos «y», ávidos «o a lo mejor», en busca de otra versión” (Despret, 2021, p. 130). La bisexualidad parece encaramarse a esa potencia conjuntiva, en los gustos, los deseos, los modos de vinculación no excluyentes.

Jordan aborda la cuestión de la bisexualidad desde una crítica a las políticas sexuales, en los términos en los que las ha planteado Judith Butler, en tanto implican unas normas de reconocimiento sostenidas por un Estado-nación mono-sexual, monolingüe y racista. En ese sentido, Jordan analiza la inscripción grabada en la moneda estadounidense: *E Pluribus Unum*. Encuentra peligrosa esa consigna, “de muchos, uno”, en cuanto tiende a la homogeneización de las singularidades – tanto de sexualidad, como de raza y origen, entre otras –. A su manera, ensaya otra crítica al contrato (hetero)sexual. La autora propone en cambio que el curso de la evolución es hacia la diversificación infinita: del Uno, muchxs. Por caso, habla de la pluralidad en la que se inscribe su compleja herencia (el origen de su padre y el de su madre, su escuela, su secundaria, y el crisol cultural que trae consigo). Contra aquella consigna supremacista, Jordan dirá “del uno, muchos, muchas, muchxs” [“from the one, many, many, many”] (1998, p. 136).

Más adelante, la poeta dice comprender el motivo por el que quienes se identifican como lesbianxs o gays pueden querer condenar la bisexualidad, en un gesto que parece una emulación de la cultura dominante: “Es el miedo a que un estatus ya de por sí marginalizado y comprometido se vuelva confuso y/o oscurecido y/o extinguido por otra realidad sexual complicada que busca su seguridad y sus derechos” (Jordan, 1998: p. 138). Sin embargo, advierte que no puede trazarse esa línea divisoria en la libertad, en la

⁹ Julia Crosa ha trabajado esta potencia en el artículo Crosa, J., Moretti, I. (2023) “Una mirada entornada. La intimidad a través del marco” en *Cuadernos del CIPeCo*, Córdoba: FCC, UNC. Disponible en <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/CIPeCo/article/view/44835>.

equidad. Su poema “Pequeña nota para mis muy críticos y bienamados amigos y camaradas” parece volver sobre estas ideas:

Primero dijeron que yo era demasiado clara
Después dijeron que yo era demasiado oscura
Después dijeron que yo era demasiado diferente
Después dijeron que yo era más de lo mismo
Después dijeron que yo era demasiado vieja
Después dijeron que yo era demasiado interracial
Después dijeron que yo era demasiado nacionalista
Después dijeron que yo era demasiado tonta
Después dijeron que yo estaba demasiado enojada
Después dijeron que yo era demasiado idealista
Después dijeron todos juntos que yo era demasiado confusa:
¡Decidite!
Dijeron: ¿Sos combativa? ¿O dulce?
¿Sos vegetariana o comés carne?
¿Sos heterosexual? ¿O sos gay?
Y yo dije: ¡Ey, no soy yo la que tiene que entenderlo!
June Jordan, *Cosas que hago en la oscuridad* (2019, p. 37).¹⁰

De nuevo las caracterizaciones parecen oscilar amedrentadas por lo incierto, por el movimiento o la aparente ambigüedad. Sin embargo, Jordan devuelve esa confusión a sus “camaradas” – por cierto, es importante notar que es un poema dedicado a quienes comparten luchas e ideales, y aun así repiten exclusiones hacia el interior de las propias comunidades. El imperativo “decídete” señala la dificultad en la aceptación de una sexualidad que se entiende como errática, y que impugna el contrato sexual también de quienes se agrupan en su frontera.

En tanto pluralista sexual, y autoafirmada como bisexual, Jordan advierte: “Cualquier limitación de los derechos de cualquier persona para existir nos pone en peligro a todxs y cada uno de nosotrxs, independientemente de la raza, clase, religión, etnia, sexualidad, género o tamaño corporal” (1998, p. 38). La exhortación parece estar en línea con la lectura butleriana de las condiciones de la cohabitación, que nos recuerdan a un tiempo la vulnerabilidad propia y la mutua interdependencia. Esa apertura sexual redundante en todos los cuerpos, no sólo en quienes se identifican con la bisexualidad. También lo dice Ma. Luisa Peralta: “en este contexto, atacar a las identidades individuales

¹⁰ Traducción propia (ya que es una edición bilingüe, retomamos a partir del poema en inglés original).

subalternizadas como irreales, frívolas, patológicas, desviadas o anormales, compromete la supervivencia personal y desactiva las posibilidades colectivas de resistencia y transformación de un orden sociosexual opresivo, explotador y aniquilador” (2019, p. 8). El prólogo de Peralta en el libro sobre bisexualidad es un gesto desde lo lésbico, como el que proponemos en este ensayo: alojador, hospitalario, promisorio en el encuentro.

La propia práctica escritural parece ir en el sentido de este encuentro. Más que componer identidades, el ensayo conjunto des-anda los casilleros de la sexualidad, efecto del éxtasis que, como ya decía Butler, nos des-hace ante el otro, junto a otrxs. val flores ha recuperado la palabra lesbiana, mas en la intimidad de la escritura la ha dotado de su politicidad – poeticidad polisémica:

Lesbiana es la visceralidad de un nombre que con su modulación incisiva mapea otros itinerarios posibles en el ordenamiento sexual de los cuerpos, abre los pasajes clausurados en las instituciones sociales del género, palpa las voces sepultadas en los regímenes del decir, escucha los deseos sumergidos en el currículum del gozo, y pone a jugar y a discutir la legalidad colonial de los conceptos desde los que se mira, se siente, se toca e interpreta el mundo y sus leyes que lo organizan taxonómicamente (flores, 2016: p. 238).

El juego de la torta-bi, la ambigüedad del deseo com/partido, puede ser esa intemperie que, como el fracaso de Halberstam, ama la compañía. Los placeres raros nos pertenecen y se nos escapan a la vez, y en esa circulación disputan la orientación sexual como categoría fija y definitiva.¹¹ En *La política cultural de las emociones* (2015), Sara Ahmed dedica un capítulo a reflexionar sobre “Sentimientos queer”, donde se pregunta por la familia como modo de reproducción de la vida y de la cultura, norma reguladora que funciona sobre los cuerpos como “lesiones por esfuerzo repetitivo” (Ahmed, 2015: 222). La desobediencia a esas normas, en cambio, puede tener un potencial afectivo que la autora investiga en los placeres queer/cuir. El placer en los estilos de vida o contraculturas queer implica cierto disfrute que, desde la incomodidad con las categorías hegemónicas, puede significar una respuesta política. En ese sentido, se pregunta por

¹¹ Utilizamos la expresión “placeres raros” para referirnos a aquellos placeres que desafían las normativas en torno a la sexualidad y el género. En ese sentido, recuperamos la idea de “placeres queer” que podríamos traducir, en este marco, como “placeres raros”, “cuir”, “extraños”, “corridos”.

la manera en que el disfrute de las relaciones sexuales y sociales que se designan como “no (re)productivas” puede funcionar como una forma de disturbio político en una economía afectiva, que se organiza a partir del principio de que el placer solo es ético como incentivo o recompensa por una buena conducta (Ahmed, 2015, p. 225).

Quizá los placeres cuir son una modulación móvil del lazo que une a bisexuales y lesbianas: su trazo puede ser por momentos tenso, por momentos fogoso, tenue o intenso. Antes que incluir modos de existencia en el contrato sexual, parece extremar su porosidad, volviendo cuestionable la propia distinción entre adentro y afuera, inclusión y exclusión. Algo le hacen estos encuentros inoportunos al contrato, haciendo vibrar sus propios términos dicotómicos, develando sus pliegues y sombras allí donde nos juntamos a calmar nuestra sed.

iv. Eróticas lésbicas para una bisexualidad nómada

Pero, entonces, ¿cuál es, si acaso la hay, la zona de apertura que habita en la siempre riesgosa frontera de la hetero-cis-sexualidad? ¿Qué otras economías erótico-afectivas somos capaces de desplegar en el borde filoso de la ruptura del contrato social y sus guiones mono-normados? En su primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, Foucault explicita la genealogía biopolítica en la que inscribe al normalizador dispositivo de la sexualidad y su doble voluntad de saber. Frente a la supuesta represión de una sexualidad que debe ser reglada y contenida, Foucault señala la explosión discursiva en torno al sexo que se observa desde el S XVIII. Dirá entonces que, más que sometida al mutismo y a la censura, la sexualidad parece ser la presa de una doble voluntad de saber: por un lado, queremos saber qué pasa con ella, qué ocurre con “nuestra” sexualidad, si es normal o no, si se ajusta a lo esperado o no; pero también, pensamos que el sexo sabe qué es lo que pasa con nosotrxs. La sexualidad se ha transformado así en cifra de inteligibilidad e identidad. La grilla de nuestra humanidad, sostiene Butler, se rige por la matriz (hetero)sexual.

En el cruce de esta doble voluntad de saber, la *Scientia sexualis* desarrolla sus tecnologías positivas de saberes-poderes que ya no tienen en su centro a la ley sino a la norma capaz de desplegar una enorme riqueza estratégica. Frente a la astucia productiva

de la voluntad de saber, Foucault no reivindicaba la identidad (o aquello que en términos contemporáneos, podemos llamar las políticas identitarias), sino más bien, la posibilidad de pensar los cuerpos y los placeres desde otra clave, más cercana a la idea de “modo de vida” que reivindicase en esa famosa entrevista de *Gai Paid* (Foucault, 2015), más cercana a las figuras de la fuga y la frontera que hemos rastreado tras las huellas de Wittig, Anzaldúa y Ahmed. Allí, dirá el pensador francés, no es la identidad, ni el acto sexual en sí mismo, lo que más inquieta al poder, sino en todo caso, el modo de vida de la amistad homosexual, que aquí hacemos extensivo al modo de vida y al erotismo bisexual y tortillero, “la forma inquietante del afecto, la ternura, la amistad, la fidelidad, la camaradería, el compañerismo, a los que una sociedad un poco depurada no puede hacer sitio sin temer que se formen alianza, que se anuden líneas de fuerza imprevistas” (Foucault, 2015, p. 178).

Así, afirmará hacia el final de ese primer volumen de su genealogía del dispositivo de la sexualidad que, “contra el dispositivo de la sexualidad, el punto de apoyo del contraataque no deber ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres” (1995, p. 191). Intentar escapar y fugarse del dispositivo de la heterocisexualidad, podríamos decir con el filósofo francés, más que reivindicar las fronteras férreas de las identidades sexuales, supone abrirse a un campo de exploración y placeres en común, un lugar donde los cuerpos puedan escabullirse del encorsetamiento de las normas sexuales imperantes:

Quizás un día, en otra economía de los cuerpos y los placeres, no se comprenderá cómo las astucias de la sexualidad, y del poder que sostiene su dispositivo, lograron someternos a esta austera monarquía del sexo, hasta el punto de destinarnos a la tarea indefinida de forzar su secreto y de arrancar a esa sombra las confesiones más verdaderas (Foucault, 1995, p. 193-194).

Quizás, el disturbio político y erótico que anida en los placeres *cuir* nos permita franquear las trampas de la identidad a las que se liga el dispositivo de la sexualidad y de las que muchas veces nuestros propios movimientos quedan presos, como lo han problematizado Val Flores (2013 y 2014) y Judith Butler (2015) en otros, para explorar otra economía de los placeres y los cuerpos, otro modo de des/anudar la sexualidad a nuestras vidas, más allá de las políticas de la verdad, las jerarquías y las exclusiones que el “labrys” de la identidad comporta (Flores, 2005). Quizás, nuestro desafío sea habitar en

las fronteras de la sexualidad, allí donde el deseo “abre” y no “cierra”, donde los cuerpos se encuentran en la trama de los placeres que se entregan al éxtasis de sí y no a la inmunidad de la prueba identitaria. Quizás debamos, más que volver a casa, permanecer allí donde eros es la flecha que perfora los límites porosos de nuestro presente y de los lugares asignados, para abrirse a otras potencias de los cuerpos, los goces compartidos, y la búsqueda de un cielo abierto en que el que quepamos muchas, muchos y muchos. Quizás no haya mayor disturbio, interrupción o contaminación que aflojar el nudo que liga la identidad a la sexualidad, la verdad de sí a nuestras eróticas del placer, para darle lugar a todo eso que, más que re-afirmar lo que somos, nos abre al riesgo de ya no ser quienes somos, para encontrarnos con otrxs en el sitio inquieto donde el sí mismo tambalea para que emerja la potencia aguerrida de un nosotrxs móvil, escurridizo, e incluso, ¿por qué no?, incierto.

Ha sido precisamente en la incertidumbre que nos hemos encontrado en esta aventura escritural conjunta. Quizá por eso amerita unas consideraciones de la propia práctica de escritura a cuatro manos, manos bisexuales y manos lésbicas, manos que ensayan juntas y a la distancia. Hemos dicho que pensar en términos de práctica nos permite un recorrido divergente respecto de los monumentos identitarios. La porosidad de la frontera habilita el flujo entre bisexualidad y deseo lésbico, entre un pulso ambiguo y la puntuación del reconocimiento, entre el deseo de fuga y de la mezcla. Sedgwick ya nos enseñaba que las prácticas sexuales son aquello que hay que pensar del sexo, o incluso como lo que hay que “liberar” (en el sentido de desanudar y lanzar al campo abierto de la experiencia) de la identidad – en la que solo más tarde se condensa, a veces como necesidad estratégica. Entonces, pensar en términos de prácticas expone a lo sexual, lo afectivo y lo escritural tortillero como asidero posible para la bisexualidad y las afecciones cuir. Es decir, el nomadismo bisexual puede asomarse a beber en lo lésbico y, también, transformarlo a su vez. Así, una erótica lésbica puede ser, ya no la casa a la cual regresa lx bisexual o en la cual se asienta cómodamente unx tortillerx, sino más bien un espacio flexible de deseo, placer y encuentro con otros cuerpos, con esas alteridades significativas que sin la esperanza de guarecer o resguardar un nuevo catálogo identitario, nos convida un lugar de exploración y de ampliación de lo que somos, al goce de la mixtura entre lenguas y goces disidentes.

La performatividad del encuentro puede hacer de esa cercanía (y esa distancia) un evento diferente cada vez, sin la comodidad del sillón de la norma o la identidad, y entregado más bien a la promesa de lo abierto, aún en la repetición, pero siempre apostando a la iteración. La escritura es, también, una práctica erótico-afectiva, aun en sus formulaciones más teóricas, que no se dejan hipostasiar en el mundo de lo abstracto. Es *en* la escritura que se descubre e inscribe lo poroso de nuestras fronteras, de nuestras prácticas disidentes, que horadan el contrato sociosexual y develan contagios, tensiones y fusiones. La escritura de este texto, y su modo de re-escribirse con cada lectura, con cada trayecto y contexto en que haga pie nuevamente, es un gesto de disturbio que se repite y se desfasa respecto de las normas que intentan contenerla. Eróticas lésbicas para una bi/sexualidad nómada puede ser, entonces, un ensayo que nos permite encontrarnos en esa misma frontera que divide, y al mismo tiempo nos permite entramar(nos).

Referencias

AHMED, Sara. **The Promise of Happiness**. Durham e Londres: Duke University Press, 2010.

AHMED, Sara. **La política cultural de las emociones**. México: PUEG UNAM, 2015.

ANZALDÚA, Gloria. **Borderlands/ La frontera. La nueva mestiza**. Madri: Capitán Swing, 2016.

ARNÉS, Laura Correa; Malena, Pandolfi, Ayelén et al., **Bisexualidades feministas: contra-relatos desde una disidencia situada**. Buenos Aires: MadreSelva, 2019.

BUTLER, Judith. **Bodies that matter: on the Discursive Limits of "Sex"**. Nova Iorque: Routledge, 1993.

BUTLER, Judith. **Gender Trouble: feminism and the Subversion of Identity**. Nova Iorque: Routledge, 1990.

BUTLER, Judith. **Notes Toward a Performative Theory of Assembly**. Cambridge; Londres: Harvard University Press, 2015.

DERRIDA, Jacques. Pregunta de extrajero: venida del extranjero. In: Derrida, Jacques e Dufourmantelle, Anne. **La hospitalidad**. Buenos Aires: Ediciones la flor, 2000.

DERRIDA, Jacques. **Dar (el) tiempo. 1: La moneda falsa**. Barcelona: Paidós, 1995.

FLORES, val. La intimidad del procedimiento. Escritura, lesbiana, sur como prácticas de sí. **Badebec**, v. 6, n. 11, 2016.

FLORES, val. **Desmontar la lengua del mandato**: criar la lengua del desacato. Chile: CUDS-Mantis, 2014.

FLORES, val. “Fugitivas en el desierto”: voces lesbianas en un paisaje heterosexual. **Rebelión**, 14 de noviembre de 2004. Disponible em: <https://escritoshereticos.blogspot.com/2009/04/fugitivas-en-el-desierto-voces.html>. Acceso: 13 fev. 2026.

FLORES, val. **Interrucciones**. Ensayos de poética activista. Neuquén, La Mondonga Dark, 2013.

FLORES, val. Epílogo: el doble labrys de la identidad. In: FLORES, val. **Notas lesbianas**: reflexiones desde la disidencia sexual. Rosario: Hipólita Ediciones, 2005.

FOUCAULT, Michel. La amistad como modo de vida. In: FOUCAULT, Michel. **La ética del pensamiento**: para una crítica de lo que somos. Traducción de J. Álvarez Yáguez. Madri: Biblioteca Nueva, 2015.

FOUCAULT, Michel. **Los anormales**. Traducción de H. Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

FOUCAULT, Michel. **Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber**. Traducción de U. Guiñazú. Buenos Aires: Siglo XXI, 1995.

FOUCAULT, Michel. **¿Qué es la Ilustración?** Buenos Aires: Piqueta, 1996.

JORDAN, June. **Affirmative acts**: political essays. Nova Iorque: Anchor Books, 1998.

FLORES, val. **Cosas que hago en la oscuridad**: 31 poemas sobre lo personal y lo político. Buenos Aires: Bajo La Luna, 2019.

MORAGA, Cherrie; CASTILLO, Ana. **Esta puente, mi espalda**: voces de mujeres tercermundistas en Estados Unidos. San Francisco: ISM Press, 1988.

PRECIADO, Paul B. **Testo yonki**. Madri: Espasa Calpe, 2008.

TUCKER, Naomi (org.). **Bisexual Politics**: theories, queries and visions. Nova Iorque: Haworth Press, 1995.

WITTIG, Monique. **El pensamiento heterosexual y otros ensayos**. Traducción de J. Sáez; P. Vidarte. Barcelona: Egales, 2006.

WITTIG, Monique; ZEIG, Sande. **Borrador para un diccionario de las amantes**. Traducción C. Peri Rossi. Argentina: Drama editorial, 2016.

Eróticas lésbicas para uma bissexualidade nômade: habitando a porosidade da fronteira

Resumo: Neste trabalho, propomo-nos a explorar, a partir das figuras do limiar, do exílio, da fronteira e da intempérie compartilhada, a ideia de um erotismo nômade que atue como um possível lugar de des/encontro ou de f(r)icção entre os prazeres e as identidades bissexuais e tortilleras. Para isso, propomos, em primeiro lugar, i. recuperar a leitura de Gloria Anzaldúa sobre a fronteira para pensar a bissexualidade como um lugar de trânsito, de contágio e de mistura de línguas e modos de vida que se situam para além da mononorma e da heterossexualidade obrigatória; em segundo lugar, ii. Nos voltaremos a retomar as teses de Monique Wittig, Michel Foucault e Judith Butler para pensar o lugar da “anormalidade” bissexual e lésbica como rupturas ou deslocamentos das fronteiras do contrato social hetero-cissexista e monossexual; em terceiro lugar, iii. retomaremos algumas ideias de Sarah Ahmed, June Jordan, val flores e Ma. Luisa Peralta para pensar uma política sexo-afetiva do distúrbio baseada nos prazeres cuir que unem, para além da identidade, xs tortillerxs e xs bissexuais; por fim, iv. e aprofundando as críticas às políticas da identidade, exploraremos o campo aberto pelas eróticas lésbicas para uma bissexualidade nômade, apostando em uma hospitalidade do aberto, que evita as fronteiras identitárias e reivindica a porosidade do contágio, do trânsito e da fricção entre corpos e prazeres.

Palavras-chave: Bissexualidade. Eróticas lésbicas. Fronteira.

Recebido: 30/05/2025

Aceito: 22/01/2026